

## LOS PIES SOBRE LA CAMA, NO SE PONEN



**V**ienes de mucho trabajo en el Pabellón de Oncológicos del hospital. Me quedé profundamente dormido... Una larga lista de enfermos para controlar, con algunos más graves que otros. En la semipenumbra de la habitación 817 yacía un enfermo de edad indescifrable, portador de un cáncer de pulmón avanzado, con metástasis en cerebro, huesos, hígado y hasta en la mesa de luz. En el censo diario de internados, ni siquiera se podía leer bien su nombre y apellido. Un pequeño resumen de su historia clínica, decía que se lo había operado, administrado todo tipo de drogas y que se había llegado al límite de tolerancia en la radioterapia.

Me acerqué hasta su cama para conocerlo mejor, por las dudas que presentase alguna complicación durante mi guardia. Pulso, presión, temperatura y reflejos, desde la cabeza hasta los pies. Mi examen médico fue meticuloso y técnicamente, podía ser considerado muy bueno. Anoté en la planilla los principales resultados de mi examen y me dispuse a retirarme, satisfecho del trabajo realizado.

- *Ustedes los médicos, están siempre apurados* - me dijo resignado el paciente, mientras me miraba de arriba para abajo y creando una atmósfera de total desesperanza - *Como quisiera que hubiese alguien que alguna vez me escuchase, pero nadie, absolutamente nadie lo hace...*
- *Discúlpeme, perdóneme...* - le respondí incomodo y mirándolo acusadoramente, tildándolo inconscientemente de desagradecido por no saber valorar mi técnica en el examen médico, desandando mis pasos, acercándome a su cabecera y sentándome aparatosamente en una silla, como demostrándole con soberbia que yo podía ser muy distinto.
- *¿Sabe que? ¿Me gustaría poder hablar con alguna persona de mi muerte? ¿Me entiende...?* - hizo una larga pausa, en la que me quedé paralizado y profundamente sorprendido - *Quisiera hablar de lo que hay más allá... Quisiera hablar de cual será el futuro de mis hijos cuando ya no este. O de mi esposa... a lo mejor son estupideces, pero ¿Quiere saber una cosa, Doctor? Hoy - por ejemplo -, me duele no haberle enseñado a mi mujer a manejar el auto... Fíjese que el vehículo que tenemos está perfecto, porque yo lo hice reformar, pero es un modelo muy viejo... La única opción que le queda, es venderlo por unos pocos centavos y así, es plata tirada... Si en cambio yo le hubiese enseñado a manejarlo, sería otra cosa. Ella lo podría disfrutar y le sería muy útil.*

- *¿Y por qué no lo habla a todo esto, con los médicos que lo atienden a diario...o con su familia, por ejemplo?* - le pregunté ingenuamente, mientras él lanzaba una corta y reprimida carcajada, oculta detrás de una mueca de dolor...
- *Estas cosas no puedo hablarlas con nadie* - me contestó, moviendo la cabeza en señal de negación y luego mirando para abajo, entrecerrando los ojos, como sufriendo por el inmenso océano que lo separaba de los demás seres humanos - *los médicos, siempre me prometen que todo va andar muy bien. Y así, no puedo hablarles de la muerte, de mi muerte... Sería como hablarles del fracaso de su medicina, de la oncología o de ellos mismos, como profesionales. A ellos solamente les preocupa la cantidad de días, semanas o meses de más, que pueden lograr hacerme vivir. Les interesa hablar de mi vida, pero no de mi muerte...La muerte para ellos, es solo un fracaso, un error.*
- *¿Y con su familia, con su esposa... acaso no conversa de estos temas?* - me atreví a preguntarle.
- *No, para nada...Ellos solamente lloran detrás de mí y soy yo el que les tengo que levantar el ánimo, sumándome a la farsa de que voy a seguir con vida, por mucho tiempo...*- me respondió mientras trataba de girarse en la dura cama, buscando estar algo más cómodo, lo cual en cambio le produjo un agudo dolor en la cintura, en el sitio preciso donde el informe que tenía en mis manos, marcaba que presentaba múltiples metástasis.

Mi angustia era enorme, ante la verdad desnuda de ese momento tan crudo y especial, y me di cuenta que no sabía que responderle ni que hacer. Me hubiese gustado impresionarlo con un discurso de elevación del ánimo, de esperanza de vida, de vencer la muerte... pero no se me ocurría nada. Y la angustia de la impotencia, crecía y crecía cada vez más, por dentro de mi cuerpo...

Empecé a sentirme muy incomodo. Un nudo en la garganta me apretaba y no era precisamente, el de la corbata. Me costaba mucho respirar... quizá porque ante mí se erguía enorme, la imagen de mi propia impotencia humana, de mi inexperiencia ante los insondables misterios de la vida y de la muerte, de mis infantiles miedos y temores más ocultos. Hasta la imagen de mi propia muerte, creo que en alguna medida se corporeizaba, ante el relato de la soledad existencial que él me planteaba, haciéndome caer en la cuenta de que nunca jamás antes, yo había tenido una conciencia perfecta de ella, sobre todo con una imagen tan clara y tan cercana.

Quería huir, escaparme, desaparecer, esfumarme en los largos pasillos... pero no encontraba una excusa digna y ética para poder hacerlo. Y súbitamente, escuche el inconfundible ruido del metal de un balde cuando es depositado en el piso. Giré mi cabeza y una voz de mujer humilde, rompió el incomodo silencio en la que me hallaba inmerso, navegando el infinito del espacio y el tiempo mientras acompañaba a ese ser sufriendo

- *Buenas... tengo que baldear y repasar el piso* - decía suavemente la mucama, pues debía ejecutar su diaria y rutinaria labor de limpieza. Como caída del cielo, me ofrecía la excusa perfecta para “escapar” honrosamente de la habitación y del asfixiante dialogo acerca de la muerte. Un “*después hablamos*”, sería la mentira piadosa con la que engañaría a su moribunda voluntad y con la cual

protegería a mi mente, del compromiso pesado de seguir escuchándolo y dejaría para otros profesionales, la tarea que ellos deberían de haber hecho mucho antes.

Miré al ser humano adelgazado e indefenso que me hablaba, desesperado y sediento de un oído hermano, luciendo totalmente calva su esférica cabeza y las despobladas cejas, barridas y desoladas por efecto de las impiadosas drogas quimioterápicas, recubierto apenas con lo que aun quedaba de una esquelética piel, apenas cubriendo como una cutícula fina y adelgazada, a sus notables y expuestos huesos... y fueron mayores mis ganas de escapar.

Pero le miré a los ojos - o me miré a mí mismo en sus ojos - y sentí un angustiante y desorientador temblor, como un grande y prolongado escalofrío que me recorría la columna vertebral, dominando y doblegando a mi cuerpo y comprendí que para él, el simple hecho de poder hablar conmigo - aunque tan solo habíamos cruzado unas pocas y resumidas palabras- era algo trascendente y vital, como el agua para el perdido caminante en el desierto, o como el aire, para el desesperado bañista que se ahoga...

Contrariando a todas las normas y disposiciones del hospital. Contrariando a las más elementales normas urbanas de convivencia, permanecí sentado en la silla al lado del lecho del enfermo, poniendo mis pies sobre su cama e invitando a la mucama, a que baldease tranquila el piso de la habitación... La razón básica del proceder así, era que no quería cortar con esa fascinante magia del dialogo espontáneo y fecundo entre dos seres que recién se conocen y que quizá nunca más, se volviese a producir, por lo menos permitiendo brotar con semejante fuerza, a una angustia que desde hacia mucho tiempo se encontraba reprimida.

No puedo recordar si fue él, quien me dio la mano o si fui yo... solo recuerdo que nos apretamos las manos y que él, mirando con mucha esperanza y voluntad al techo, me habló y habló de tantas y variadas cosas... de su madre y de cuando ella se murió, mientras el trabajaba en otro país; de su hermano que mataron, mientras cumplía con el Servicio Militar y de la extraña sensación de culpa, por seguir él con vida; de su cómoda casa, construida ladrillo sobre ladrillo y sudor sobre sudor; del dolor penetrante que tenia en la cintura y que los médicos, prometían aliviárselo pero no se lo calmaban; de Dios y de la íntima confianza y seguridad que lo embargaba - como nunca antes -, de la existencia del Supremo y de una vida más allá de esta... o quizás no; de la existencia o no del alma... o si acaso, al final todo fue una piadosa mentira.

A través de la puerta entreabierta, un grupo de médicos pasó casualmente por el pasillo y uno, obeso y de tupida barba blanca - idéntico a Papa Noel pero en guardapolvo, sugería su original estampa -, me miró a través de la puerta por un par de segundos y luego, continuó su cancina marcha con las manos en la espalda.

El enfermo siguió interrogándome, desesperado y al mismo tiempo gozando de mi paciente oído. Su alma estaba atormentada de preguntas y más preguntas, que jamás salieron antes de su reseca y cerrada boca. *¿Qué tanto esta extendida mi enfermedad? ¿Hasta donde llegaron las metástasis? ¿En otros países, hubiesen podido hacerme algo más?*

Lloro y lloro, tranquilo como un niño pequeño que llora para informarle al que tiene a su lado y no, para expresar que esta desesperado. Y al final, no se cansaba de repetir y agradecerme: - *Que bueno que es usted doctor... no sabe cuanto le agradezco que me haya escuchado. Hasta ahora, nunca había podido hablar con ninguno de los diez médicos que me están atendiendo...*

Le prometí aumentar los calmantes y también, darle un sedante que lo ayudase a dormir y mirándonos a los ojos, nos estrechamos las cuatro manos al despedirnos, en una pirámide de dedos hermanados, incluso más allá de cualquier medico y de cualquier paciente. El haber compartido su dolor en medio del vacío y del silencio, nos había aliviado a ambos y en mi caso, sentía la hermosa sensación de un deber cumplido.

Apenas abandoné la pieza, varios familiares se me acercaron y rodeándome, me arrinconaron contra una de las paredes del largo pasillo. Estaban extrañados del excesivo tiempo que yo había permanecido en la habitación. Sus rostros, estaban contraídos en el rictus de un mal disimulado enojo y sus fieros ceños fruncidos, transmitían una mezcla de angustia, frustración e impotencia, como de cosa no aceptada.

- *¿De que habló usted con el paciente, doctor? Mire que el no sabe nada...* - me dijo veladamente amenazante, una mujer cincuentona, con visibles señas de cansancio y sufrimiento crónico en su rostro.
- *Él sabe todo y además... sabe perfectamente que se va a morir. Yo no se lo dije. Él me lo dijo a mí. Es muy lúcido e inteligente y me habló claramente de todo. tratamiento... Me preguntó si en alguna otra parte del mundo le habrían hecho otro tipo de*
- *¿Y usted, que le contesto?* - me requirió desde lejos un hombre taciturno y preocupado, que permanecía como el más alejado dentro del inquisidor grupo, con una mano en el bolsillo y la otra, manipulando nerviosamente un largo Rosario.
- *Que este Servicio de Oncología, esta conectado con los mejores centros oncológicos del mundo y que así, esta permanentemente informado de los últimos avances en todos los tratamientos. Además, él reconoce perfectamente que jamás le faltaron* - respondí seguro, sintiendo que comenzaba a manejar las cosas, pues ellos retrocedían con respeto ante mi verdad y mi persona.
- *Yo no quiero que él se entere...* - me repetía desesperada una mujer, que posiblemente fuese la esposa. Ni siquiera me daban lugar a preguntarle el parentesco, pues la tensión en el diálogo era demasiado grande.
- *Perdóneme señora, pero por ese negar la verdad que ustedes hacen, él se siente solo y desesperado, por no poder hablar con nadie de lo que le esta pasando* - contesté con mucha calma, pero afirmando con vehemencia cada una de mis palabras
- *¿Cómo que solo, si siempre estamos por lo menos dos personas con él? Ni a la noche lo dejamos solo, ni siquiera un minuto...* - contesté la mujer con una mano estrujada sobre su pecho y mirándome extrañada.
- *Él sabe todo, señora... y ya lo sabía desde mucho antes de hablar conmigo. Pero el problema fundamental que tiene, es que se siente abandonado y muy solo. No es que este solo físicamente, sino que no puede hablar con nadie de*

*que pasará con él, que sabe que se esta yendo al más allá, o que pasará con los que ama y que sabe, se están quedando acá y sin el... Es duro, claro que es duro, pero por favor, piensen en esto: Es el momento más importante y trascendental de su vida y sin embargo, no puede hablarlo con nadie. ¿Me entendieron? Con nadie.*

Me dediqué durante el resto de la guardia a darle calmantes y analgésicos, que resultaron sumamente efectivos. En un momento libre de la ajetreada noche, pasé por la habitación y estaba el enfermo y aquella mujer que pienso era su esposa, solos y tomados de la mano, con los ojos sumamente enrojecidos, pero con los rostros iluminados, aliviados y dulcemente felices... Extrañamente felices y en paz. En esa paz que deviene de la tranquilidad en el orden.

Al otro Viernes, exactamente una semana después, me presente para cumplir nuevamente con mi guardia. La enfermera de la noche - la querida y gorda Señora Tita - se acercó hasta mí y luego del ritual del beso, me entregó un blanco sobre cerrado, dirigido a mi nombre y proveniente de la Dirección del Hospital.

- *El paciente que usted atendió la semana pasada, falleció ayer por la tarde - me dijo Tita, mientras contestaba amablemente el intercomunicador, hablando con un enfermo que la requería por enésima vez - La familia, especialmente la señora, quedó muy agradecida con usted, doctorcito y le dejaron muchos, muchos saludos*
- *¡Pobre enfermo! - exclamé, mirando por la ventana a las nocturnas y mortecinas luces, que titilaban en el extenso parque que rodeaba al hospital - Lo único que pude hacer, es escucharlo y explicarle los detalles de su enfermedad, que el quería terminar de conocer...*
- *Y además... - dijo Tita, dejando de cargar una jeringa y girando hacia mí su encanecida cabeza - yo misma vi el plan de calmantes y sedantes tan bueno, que usted le administró y que realmente, le alivio*
- *Si, pero me hubiese gustado hacerle más... y solo pude acercarle a su familia para que pudiesen conversar a fondo - dije con una mueca en mis labios y con la mirada perdida en el largo corredor del pabellón de oncológicos, mientras alzando mis manos, entrecruzaba los dedos por detrás de mi nuca.*
- *Pero doctor - me dijo Tita, contando con los dedos de sus regordetas manos, mientras me enumeraba - Usted lo escuchó, le explicó todo lo que el quería saber de su enfermedad, le calmó el dolor y hasta logró que la familia se le acercara y hablasen... ¿que más se puede hacer por un paciente cuando llego a ese estado? Créame doctor, tengo casi cuarenta años de estar en este hospital y puedo jurarle, que no existe nada mejor que lo que usted hizo. Ojalá todos los médicos, siempre hiciesen lo que usted hizo...*

Me sonreí contento y orgulloso por los sinceros elogios de la experimentada y veterana enfermera de la noche. Reflexioné que acaso, sonaba muy lógico y quizá, tuviese razón... y que mucho más de lo que yo hice, no se podía hacer con un enfermo terminal.

- *¿Quién es el Director? - le pregunté a Tita, mientras yo abría con una birrome el sobre blanco, dirigido a mi nombre*

- *¡Papa Noel! ¡Todos le dicen Papa Noel...! ¿Qué, no lo conoce? Hay quienes dicen que lo único que le interesa a ese tipo, es la pintura y el aspecto de las paredes. Los chupamedias, son los únicos que están detrás de él... - me respondió pensativa, extrañada y sonriéndose muy sutilmente.*

El sobre contenía un memorando interno, que escuetamente me decía con un tono imperativo y amenazante:

*“De: Dirección Médica  
A: Médico de Guardia día Viernes, Dr. Fulano...  
C/ Copia a: Oficina de Personal y Recursos Humanos*

*Atento a ser Usted descubierto en una de las habitaciones del nosocomio, en una actitud impropia y para nada decorosa, cumplo en informarle que no se le tolerara la repetición de incidentes similares. Aprenda y grabe en su mente, que los pies sobre la cama, no se ponen...”*

Comencé a clamar y escupir mi bronca hacia los cuatro vientos, vociferando como un descontrolado y excitado demente. Era tanta la sensación de injusticia, tanta la desconsideración hacia mi esfuerzo... que comencé a tironear desde mi cara, de algo muy extraño que me molestaba desde hacia mucho tiempo. Y mucho, demasiado. Empecé a gritar, para no ahogarme... y cada vez tiraba más fuerte.

- *Señor Director, Señor Director... ¿le pasa algo? Me parece que usted se quedó dormido... - escuché confusamente decir a Bibiana, mi vieja y fiel secretaria del Pabellón de Oncológicos - y tiene pelos de su barba blanca, que se los arrancó usted mismo, entre las manos ¿Le hago un cafecito antes de irme, Señor Director?*
- *No... Bueno, si... pasa... que estaba soñando... una pesadilla... soñé que otra vez era médico de guardia... y que atendía a uno de los enfermos con cáncer... fue un viernes de mucho trabajo en el Pabellón de Oncológicos del hospital. Me quedé profundamente dormido... dije pausadamente, sacudiendo la cabeza y buscando acomodarme en la espaciosa butaca de mi despacho de Director del Hospital, mientras terminaba de despertar y buscaba un vaso de agua, para humedecerme la boca - El próximo Lunes a mí me hacen la tomografía, para ver si remitió el cáncer de pulmón que me diagnosticaron hace dos meses. Ojalá que sí... Estoy... muy nervioso ¿Estará el psicólogo, todavía en el hospital? Creo que necesito hablar con él.*

